

La guerra de sitio en la Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1721): la defensa y asedio de las fortalezas en Sicilia

David Alberto Abián Cubillo

Universidad de Cantabria, Santander, España, abian1989@hotmail.com

Abstract

Sieges were the most important events in the wars in the 16th, 17th and centuries. A siege was a difficult operation, more technical than a battle. The war of the Quadruple Alliance (1717-1720) reflected this kind of war, with the preeminence of the siege. The defense of Sicily was focused in some determined cities with a certain characteristic in common. This defense was perfectly studied by a duke of Savoy. Although sieges were the most important operation made by the army, we can't forget the importance of the navy in the progress of the war in the island.

Keywords: Siege, war of Sicily

1. La Guerra en la Edad Moderna

Si analizamos cualquiera de los episodios de la Guerra de los Cien Años y los comparamos con las guerras de los siglos XVI, XVII y buena parte del XVIII, podemos apreciar varios cambios sustanciales en la forma de hacer la guerra. El que más nos interesa resaltar es el predominio de los asedios frente al número de batallas campales. De hecho, cuando éstas últimas se producían, solían formar parte de los asedios, ya que tenían lugar cuando un ejército iba a levantar un sitio.

Esta transformación se inició en las últimas décadas del siglo XV debido principalmente al desarrollo de la artillería, que obligó a los gobernantes a construir un nuevo tipo de fortalezas que pudiesen defenderse de los cañones. Fue en Italia donde comenzó a cambiar la forma de hacer fortalezas pasando de torres altas y muros verticales a fortalezas en talud, hundidas en la tierra y hechas principalmente con mucho ladrillo y con formas angulares y no redondas (Cámara, 2005). Este nuevo sistema, denominado traza italiana, fue haciéndose cada vez más complejo, añadiendo un mayor número

de obras defensivas exteriores, lo cual hizo que la aproximación a la plaza se retardase (Capel, 2005).

La construcción de estas fortalezas necesitaba previamente un diseño global del sistema defensivo. Asimismo, había que tener en cuenta las innovaciones técnicas y las tácticas que se iban desarrollando. Todo ello hacía difícil diseñar tanto las fortificaciones como el conjunto del sistema defensivo. A estos problemas, había que añadir el ingente coste de las fortificaciones –la ciudadela de Mesina, por ejemplo, costó según el marqués de la Mina 7.350.204 escudos de Castilla– y su mantenimiento posterior, lo que suponía una cuantiosa inversión, que no estaba ni siquiera al alcance de una monarquía absoluta bien organizada (Capel, 2005).

A la hora de tomar una ciudad, este nuevo sistema obligaba a los sitiadores a realizar un bloqueo total sobre el objetivo, puesto que, cualquier villa, por pequeña que fuese, tenía la posibilidad de resistir un sitio durante meses.

Para llevar a cabo este ataque, los sitiadores construían, bajo la dirección de los ingenieros, una serie de trincheras alrededor de la fortaleza, comunicadas entre sí por paralelas, mirando hacia la plaza, denominada línea de circunvalación. El objetivo era ir avanzando hasta acercarse lo máximo posible a la plaza por si era necesario asaltarla. En estas trincheras se realizaban también minas, con el objetivo de destruir las defensas del enemigo. De esta manera, esta nueva forma de hacer la guerra degeneró en una guerra de sitios prolongados que, según Geoffrey Parker, conllevó cambios importantes en el tamaño y composición de los ejércitos (Parker, 1985).

La cantidad de hombres que podía albergar o asistir una fortaleza, así como su valor estratégico, hacía imposible que los enemigos la obviasen y tuviesen que tomarla para poder avanzar de forma segura. Esto hizo que la traza italiana se expandiese rápidamente por toda Europa en el siglo XVI, manteniéndose esta forma de hacer la guerra sin cambios sustanciales durante los siglos XVII y XVIII, siempre bajo la máxima de “con pocos soldados resistir a muchos” (Cassani, 1705). De esta forma, en el siglo XVIII, los reinos y repúblicas habían establecido a lo largo de sus fronteras y en lugares estratégicos una cadena de fortalezas, siguiendo el principio básico de defensa de disponer de una buena red de baluartes estratégicamente situados (Cantera, 2003).

El modelo de fortificación que se siguió en toda Europa desde la segunda mitad del siglo XVII, fue el modelo desarrollado por Sebastien Le Preste, el marqués de Vauban, que perfeccionó la guerra de posiciones en los asedios (Cerino, 2011). No obstante, algunos autores discuten hoy la predominancia del modelo de Le Preste y defienden las influencias de otros ingenieros de finales del siglo XVII como Sebastián Fernández de Medrano. Sea cual fuere su autor, lo cierto es que en el siglo XVIII predominó la forma de defender/atacar el territorio desarrollado en el siglo XVII.

La organización defensiva de cada reino variaba según sus características y la situación internacional del momento. Durante los siglos

XVI y XVII el teatro de operaciones militares por excelencia fueron los Países Bajos, construyéndose en esta zona largas cadenas de fortalezas o ciudades fortificadas. La situación defensiva de Sicilia fue muy diferente. Para empezar, Sicilia no fue el foco central de ninguna guerra desde principios del siglo XVI, si bien hubo una revuelta en los años 70 del siglo XVII, e incluso en la Guerra de Sucesión no sufrió ningún ataque y fue entregada sin ser conquistada. Por otro lado, su condición de isla hizo que su sistema defensivo fuese diferente.

Debido a estas dos condiciones, Sicilia basó su defensa en la construcción de diversas fortificaciones a lo largo de la costa, dejando el interior sin fortificaciones reseñables, con el fin de evitar asaltos y desembarcos en lugares estratégicos. Junto a la construcción de algunas fortalezas de importancia arquitectónica, abundaron pequeños fortines o baterías para impedir la aproximación de los buques enemigos a los puntos de fácil desembarco (Cantera, 2003). A pesar de estas defensas, el sistema defensivo siciliano en los siglos XVI y XVII, junto al de Nápoles y Cerdeña, dependía del Milanésado o de los presidios italianos (Vigano, 2005). Además, había que añadir la isla de Malta que actuaba como la llave y defensa del Mediterráneo occidental (Cobos y De Castro, 2005).

2. La guerra de la Cuádruple Alianza

La invasión de Sicilia por parte de las tropas de Felipe V tuvo lugar en julio de 1718 bajo el mando del marqués de Ledesma. Esta invasión se enmarcó dentro de la denominada Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1721), cuyo objetivo fue la recuperación de los territorios italianos perdidos en la Guerra de Sucesión. La guerra obedeció fundamentalmente a cuatro causas: el tratado de Utrecht, la llegada a la corte de la segunda esposa de Felipe V, Isabel de Farnesio, la ascensión de Julio Alberoni y la muerte de Luis XIV.

2.1 la defensa de Sicilia

Tras la invasión de Cerdeña en el verano de 1717, Víctor Amadeo II comenzó a contemplar

la posibilidad de que Sicilia fuese el siguiente objetivo. Por ello, desde que Alberoni mandó la flota contra Cerdeña, el duque de Saboya comenzó a dar órdenes al virrey de Sicilia, el conde de Maffei, sobre cómo debía llevarse a cabo la defensa.

La salvaguardia del reino estaba encomendada a varias ciudades fortificadas de la costa. La organización militar del reino se había definido a mediados del siglo XVI y se había mantenido prácticamente sin cambios. Ésta se basaba en la defensa de los seis principales puertos (Palermo,

Milazzo, Messina, Augusta, Siracusa y Trapani), además de lugares estratégicos como Lipari (Ligresti, 2013).

En la defensa del reino, cabe destacar la ciudad de Mesina. Ésta contaba con una ciudadela regular y pentagonal construida en la década de los ochenta del siglo XVII por Carlos de Grunenbergh, como consecuencia de la rebelión de la ciudad años antes. Para algunos tratadistas, como el marqués de la Mina, era una ciudadela perfecta y una de las más fuertes de Europa.

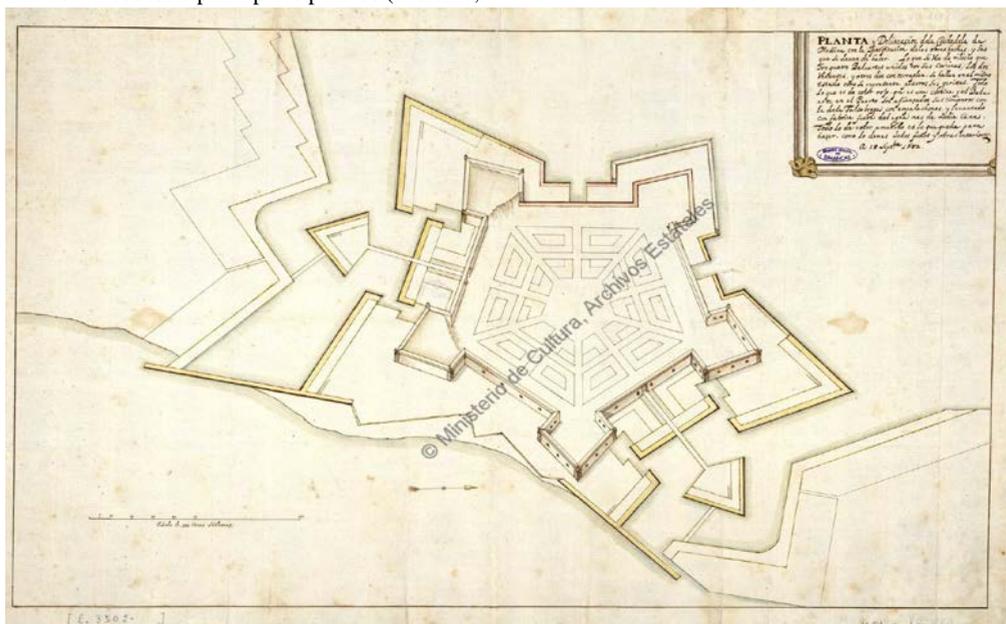


Fig. 1- Plano de la ciudadela de Mesina hecha por Grunenbergh (AGS. Secretaría de Estado, Legajos, 03502, 61)

Ante la previsible imposibilidad de defender todo el reino, Víctor Amadeo ordenó al virrey defender únicamente determinadas plazas, siguiendo el dicho italiano “chi tutto stringe nulla abbraccia” (Lo Faso, 2009). Dentro de esta estrategia, destaca el escaso valor defensivo otorgado a la ciudad de Palermo – la capital del reino – en la que sólo se dejaron 700 de los 3.000 soldados que había en la ciudad, destinados exclusivamente a la defensa del castillo. Si bien a simple vista esta medida puede resultar sorprendente, fue tomada por motivos prácticos. En concreto, esta decisión obedecía a

dos razones fundamentales: la primera, que Palermo no contaba con unas murallas “aptas” para aguantar un asedio y, la segunda, la creencia de que el pueblo iba a posicionarse a favor de los españoles, teniendo en cuenta la actuación que tuvo la ciudad en la rebelión de Mesina.

Aunque en un principio el duque de Saboya abogó por basar la defensa del reino en las ciudades de Mesina, Milazzo, Taormina y Siracusa, finalmente ésta se basó solamente en tres ciudades: Mesina, Trapani y Milazzo. Para ello, estas ciudades fueron reforzadas con

hombres, especialmente con los apostados en Palermo. Según el marqués de la Mina, participante en la expedición, la distribución de las tropas quedó de la siguiente manera: 700 soldados en Palermo, 1200 en Mesina, 1200 en Milazzo, 1200 en Siracusa, 1200 en Trapani, 600 en Termini, 700 en Augusta y otros 700 sin lugar

asignado. Estos datos parecen concordar *grosso modo* con las instrucciones dadas por el virrey que consistían en sacar unos 2500 hombres de Palermo, dejando solo un batallón en el castillo de la ciudad, y reforzar Termini y Trapani, dejando al virrey soldados para su uso.

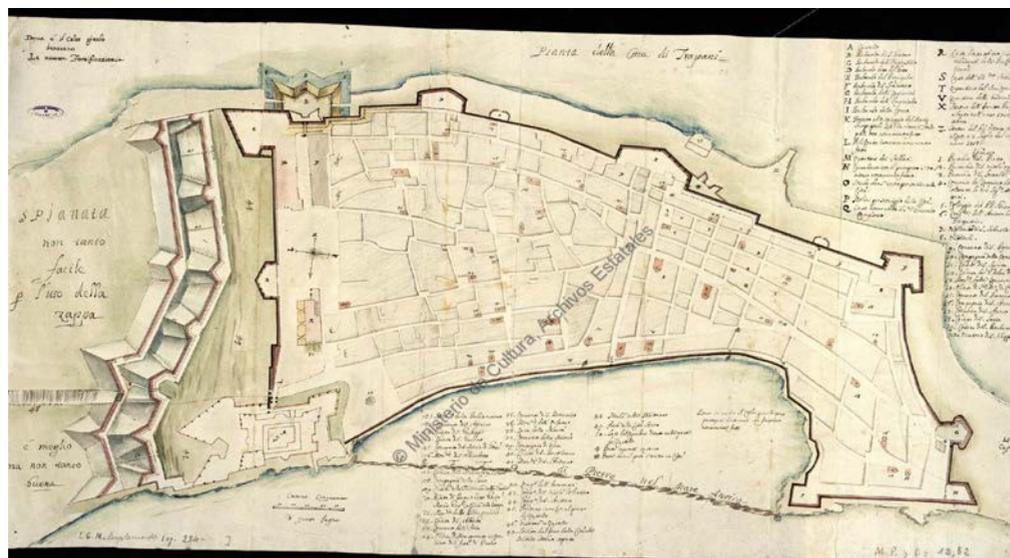


Fig. 2- Plano de Trapani (AGS, Sección Secretaría de Guerra, Suplemento, 234.)

De esta distribución de tropas podemos deducir que la defensa estaba destinada no a impedir la invasión de la isla, sino a resistir con un número determinado de plazas que tenían una serie características en común. Todas ellas contaban con unas murallas capacitadas para resistir un asedio y con unas defensas naturales aptas, no tenían mucha población – a excepción de Mesina – eran costeras, eran consideradas como puertos principales y todas, excepto Trapani, estaban situadas en la parte oriental de la isla. Posiblemente, la idea del duque de Saboya era resistir en la parte oriental con la intención de que desde Nápoles pudiesen suministrar ayuda. Además, dada su alianza con Gran Bretaña, era lógico tratar de conservar los puertos para poder contar también con la ayuda de la flota inglesa.

En total, había en la isla unos 8.000 soldados, destinados casi en su totalidad a residir en fortalezas; una fuerza comparable a la que tenía en la isla 1711 el Rey Católico (Ligresti, 2013) y

muy superior a la que había en el reinado de Felipe IV, época del esplendor militar de los Austrias (D'Orgeix, 2005). Además de estos soldados, habría que contar también con las milicias levantadas por los barones, que podían reunir un gran número de hombres, si bien en este caso no sirvieron de ayuda al duque de Saboya ya que eran más propicios al retorno de Felipe V. Asimismo, cabe resaltar que también contaban con una escuadra de galeras que, no obstante, no pudieron ser utilizadas ante la superioridad hispana en el mar, amén de ser capturados algunos barcos por el marqués de Ledesma.

Dada la superioridad militar hispana, tanto naval como terrestre, y la preferencia de los sicilianos por el retorno de Felipe V, la conservación de determinadas ciudades, a la espera de la intervención de otras potencias, era la única opción viable que tenía el duque de Saboya para no perder toda la isla.

2.2. Los sitios en la Guerra de Sicilia

La conquista de Sicilia siguió las pautas de las guerras anteriores, donde los asedios eran el eje central de la guerra. En este sentido, es elocuente el número de capítulos que el marqués de la Mina dedicó a los asedios sobre Mesina –más de 80 de un total de 196- en su obra *Memorias Militares sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia*.

El ejército hispano contó con una importante innovación a la hora de llevar a cabo estos asedios: la presencia de un cuerpo de Ingenieros, que participó activamente en la contienda. Este cuerpo, fundado a finales de la Guerra de Sucesión (1711), fue creado y dirigido por Jorge Prospero de Verboom, uno de los ingenieros más prestigiosos de Europa (Mina lo denomina el Euclides del siglo XVIII).

La creación de este cuerpo de ingenieros y su rápido aumento –desde su creación en 1711 a 1718 se integraron algo más de 100 miembros-, era una prueba evidentes de la preocupación de la época por la tecnificación del ejército (Carrillo, 2014), lo que, como se refleja en la conquista de Sicilia, convirtió a la guerra en un proceso más complejo, en el que los asedios tenían un protagonismo central. A su vez, el ingeniero adquirió un protagonismo esencial ya que era a la vez un militar y un científico polivalente, una figura cada vez más necesaria en el arte de la guerra (Galland, 2005).

La invasión de la isla comenzó en julio de 1718. Nada más desembarcar, el ejército de Felipe V, formado por 30.000 soldados bajo mando del marqués de Lede, contó con un amplio apoyo entre la población, lo que le dio la oportunidad de sostenerse sobre el terreno y facilitar las operaciones de conquista. Por su rango, Lede fue el encargado de idear el plan de invasión si bien contó con el apoyo de su plana mayor, entre la que se encontraban personajes de gran envergadura como Patiño, el conde de Montermar o el propio Verboom. Para llevar a cabo la conquista, Lede no contó con ninguna instrucción desde la Corte. Además, las órdenes dejaron de llegar tras la derrota de la armada española en Cabo Passaro y la entrada de Francia en la guerra en enero de 1719.

El plan de Lede fue muy claro desde el principio, tomar Palermo y después Mesina, principales ciudades del reino. Nada más desembarcar el ejército, Palermo se rindió y el virrey Maffei abandonó la ciudad con casi todos los soldados, dejando solamente un puñado de soldados en el castillo de la ciudad. Acto seguido, Lede partió hacia Mesina con la mayoría del ejército, dejando un pequeño destacamento en Palermo al mando de Montemar, que no era partidario de atacar Mesina, sino Milazzo. Mientras el ejército asediaba Mesina, el resto de fortalezas importantes, como Trapani, Milazzo o Augusta, fueron sometidas a un bloqueo terrestre, mientras que algunas ciudades, como Taormina se entregaron al marqués de Lede y otras como Termini fueron conquistadas por Montemar.

El asedio a Mesina fue el más complejo realizado por las tropas de Lede. Si bien la ciudad capituló antes de la llegada del ejército, la ciudadela, que contaba con unos 6.000 soldados, tuvo que ser sitiada. El asedio duró cerca de tres meses. Sin lugar a dudas, ésta era la plaza más importante del reino para el duque de Saboya, tanto por tener las mejores defensas como por su cercanía a Nápoles. Posiblemente, por este motivo la defensa se centró en este lugar a costa de otras fortalezas como Augusta, que fue abandonada para engrosar la de Mesina.

Durante el asedio, la armada española fue destruida en Cabo Passaro (11-08-1718), lo cual aisló totalmente al ejército español y le dejó sin una armada capaz de apoyar los asedios desde el mar. A pesar de ello, Lede prosiguió con el asedio a la ciudadela tomándola unas semanas después.

Aun así, es evidente que este incidente cambió los planes que tenía en mente el marqués de Lede, que decidió rebajar sus expectativas de conquista de la isla. Desde ese momento, Lede, más preocupado por conservar el ejército que por conquistar la isla, se limitó al bloqueo de plazas, en vez de intentar conquistarlas. Prueba de ello fue el bloqueo de Milazzo, que se alargó desde octubre de 1718 hasta mayo/junio de 1719. Durante el bloqueo, tuvo lugar una batalla como consecuencia de una salida fallida para

librar el bloqueo por parte de los austriacos, que ocupaban la ciudad junto a los saboyanos.

Durante estos siete meses, el bloqueo terrestre fue total. Así reflejaba su crudeza un observador italiano: “la península di Milazzo non fu per gl’Imperiali un campo, ma un cimitero”

(Ricobbene, 1996). No obstante, al no contar con un bloqueo marítimo, no se pudo doblegar la guarnición simplemente con el bloqueo terrestre; y, menos aún, sin apoyarla con acciones de ataque, que significarían una pérdida de soldados que el marqués de Ledesma no estaba dispuesto a sacrificar.



Fig. 3- Plano del bloqueo de Milazzo (Biblioteca Nacional, Sección Fondos Antiguos, Sala Cervantes, MSS 6408.)

La indecisión del ejército de Ledesma para tomar la iniciativa, relegó al ejército hispánico a la defensiva, y más tras el desembarco del ejército imperial en junio de 1719 y la posterior batalla de Francavilla, que, a pesar del resultado positivo para las fuerzas hispanas, no fue aprovechada. La indecisión del ejército hispano, acrecentada también por la falta de órdenes desde Madrid, provocó que los austriacos tomasen la iniciativa, a pesar de la derrota, y pusiesen sitio a Mesina.

El segundo asedio a Mesina fue el más sangriento de toda la guerra, ya que solamente los sitiadores perdieron entre 6.000 y 9.000 hombres antes de que la ciudadela cayese en octubre de 1719. El asedio se llevó a cabo sin que el ejército de Ledesma hiciera nada para ayudar a los defensores, lo cual hizo que recibiese críticas de varios de los Tenientes Generales. Entre los críticos de las decisiones del marqués

de Ledesma destacan el conde de Montemar y Verboom, que proponían una política más agresiva, ya fuese levantando el asedio o por lo menos tomando alguna otra plaza como Trapani. Estas críticas supusieron que fuesen enviados a la corte.

Tras la caída de Mesina, el ejército de Ledesma, que se había quedado atrincherado en algunas posiciones, fue replegándose cada vez más mientras las tropas del ejército imperial iban avanzando y tomando ciudades como Taormina o Augusta sin oposición. A pesar de los intentos de Ledesma de firmar una tregua, no fue posible debido a las altas exigencias de los imperiales. Finalmente, ambos ejércitos se encontraron frente a frente en las cercanías de Palermo en mayo de 1720, pero la firma de una tregua entre Felipe V y el Carlos VI impidió que se produjese una batalla campal.

3. Conclusiones

Sin lugar a dudas, esta guerra continuó enmarcándose dentro de las guerras de sitios típicas de épocas anteriores. Como hemos visto, las operaciones de asedios fueron las que ocuparon la mayor parte de las operaciones importantes dentro de la contienda. El control de ciertas ciudades bien fortificadas era clave para el trascurso de la guerra. Por este motivo, las defensas de la isla se centraron no en conservar todo el terreno sino en replegarse y hacerse fuerte en determinados puntos estratégicos como Milazzo, Mesina o Trapani. Gracias a esto, los saboyanos, que contaban con un menor número de tropas, pudieron resistir y mantener algunas plazas clave que permitieron a sus aliados dotarles de ayuda.

Cabe resaltar que la derrota hispana no se debió a una derrota en una batalla o en un asedio en concreto. Sin lugar a dudas, lo que impidió que el marqués de Ledesma conquistase toda la isla fue la entrada de Gran Bretaña en la guerra y la destrucción de la flota de Felipe V. Este imprevisto, no solo dejó aislado de todo tipo de suministros al ejército hispánico y le impidió el bloqueo de las plazas enemigas, sino que también les privó de un constante flujo de comunicación con la corte y trastocó todos los planes sobre la conquista que tenía el marqués de Ledesma. De esta forma, a pesar de conseguir

varias victorias como el asedio de Mesina y las batallas de Milazzo y Francavilla, la imposibilidad de abastecerse y reponerse convirtieron al ejército hispánico en un simple espectador de las maniobras de los imperiales, que contaban con la ayuda de la flota británica.

Así, la importancia de la flota como suministrador y bloqueador en la guerra de sitios fue importantísima, y mucho más en la defensa de un territorio insular que solamente podía suministrarse a través del mar, ya que el desabastecimiento “reducía a un ejército a una muchedumbre indefensa, pero la carencia de agua, comida y ropa lo convertía en un ejército hambriento, sediento y aterido de frío y, por lo tanto, totalmente ineficaz” (Borreguero y Retortillo, 1998). No obstante, a pesar de ello, el ejército mostró eficacia a la hora de realizar los asedios, en los que la participación de un gran número del recién creado cuerpo de ingenieros fue determinante.

Por lo tanto, el fracaso de la conquista no se debió tanto a la inoperancia del ejército sino a las malas previsiones hechas desde Madrid, que confiaron en la no intervención de Gran Bretaña, sin la cual los imperiales posiblemente no hubiesen podido mandar un ejército a Sicilia. En palabras del marqués de la Mina, “no los sacó la guerra, sino la paz; no los obligaron las cuchillas enemigas, sino los decretos del rey”.

Referencias

- Borreguero Beltrán, C. y Retortillo Atienza, A. (1998) “Problemas logísticos y estratégicos del ejército español en Italia en 1734”, en *Jornadas Nacionales De Historia Militar: El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*, (Sevilla, 9-12 de mayo de 1995): V Jornadas Nacionales de Historia Militar, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, Sevilla, p. 736.
- Cámara, A. (2013) “La fortificación: el imperio de la geometría”, en RIBOT, L. *Historia Militar de España: Edad Moderna II. Escenario Europeo*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 341-371
- Cantera Montenegro, J. (2003) “Arquitectos e ingenieros: los ingenieros militares en el adelantamiento de la España ilustrada”, en *VIII Jornadas De Historia Militar: De La Paz De París A Trafalgar (1763-1805)*. La organización de la defensa de la monarquía, Monografías del CESEDEN, 66, pp.25- 82
- Capel, H. (2005) “Los ingenieros militares y el sistema de fortificación en el siglo XVIII”, en Cámara, A) *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 236 y 244

- Carrillo De Albornoz, J. (2014) “Los ingenieros. Fortificación en España y ultramar”, en Iglesias, C. (coord.) *Historia Militar de España. Edad Moderna III. Los Borbones*, Ministerio de Defensa, Madrid pp.209-233
- Cassani, J. (1705) *Arte de fuegos y de esquadronar. Donde se enseña lo que debe saber qualquier Soldado para proceder con inteligencia, en las funciones de sitiár, o defender plazas,, disponer fortines, uso de la artillería, y de las bombas, con la theoria de los movimientos de la bala, y de la bomba, y los movimientos de vn esquadron*, Madrid, 1705.
- Cobos Guerra, F. y De Castro Fernández, J. J. (2005) “ Los ingenieros, las experiencias y los escenarios de la arquitectura militar española en el siglo XVII” en A. CÁMARA (coord.): *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, p. 81
- D’Orgeix, E. (2005) “Al servicio del rey. El espionaje francés de las plazas fuertes españolas en el siglo XVII” en A. CÁMARA (coord.) *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, p. 99
- Galland Seguela, M. “Los ingenieros militares españoles en el siglo XVIII”, en A. CÁMARA (coord.): *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, p. 205
- Ligresti, D. (2013) “Le armi dei Siciliani. Cavalleria, guerra e moneta nella Sicilia spagnola (secoli XV-XVII)”, *Quaderni Mediterranea Ricerche storiche*, 2013.
- Lo Faso Di Serradifalco, A. (2009) *Sicilia 1718 dai documenti dell’Archivio di stato di Torino*, Mediterranea. Ricerche storiche, Palermo, 2009.
- Parker, G. (1985) *El ejército de Flandes y el Camino Español (1567-1659)*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Ricobbene, L. (1996) *Sicilia ed Europa 1700-1815. Con le vele ed il vento*, vol. 1, Sellerio, Palermo, 1996.
- Viganò, M.: (2005) “Italia” en A. CÁMARA (coord.) *Los ingenieros militares de la Monarquía Hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, p. 299.